

—Pues ahora verás qué fácilmente lo dices, supuesto que sabes muy bien la tabla. Cuenta los arcos que tiene.

—Eso ya lo sé, tiene cuarenta y dos.—Muy bien; ahora cuenta cuántas lentejuelas tiene un arquito.—Ya están contadas, son nueve.—Pues suponiendo que todos los arcos son iguales, y que las lentejuelas están puestas en proporción, de suerte que no haya más en un arco que en otro, pon de número los arcos, que son..... 42

Pon debajo las lentejuelas de un arco..... 9

En seguida una raya así.....—

Ahora se multiplica así: dos por nueve son diez y ocho: un ocho bajo las unidades. Cuatro por nueve treinta y seis, y uno que llevaba, treinta y siete. Pon un siete en el lugar de las decenas y un tres á la izquierda en el lugar de las centenas..... 378

Y ves en un instante que tu túnico tiene trescientas setenta y ocho lentejuelas, lo que se te hacía tan difícil saber, y lo que hubieras sabido con mil trabajos sin el auxilio de las cuentas.

Le es tan útil y necesario á una mujer el saber contar como á un hombre. Muchas mujeres perecen en la miseria sólo por ignorarlo, y la experiencia nos las está señalando con el dedo lo mismo que la causa. ¿Qué se puede esperar de la mujer que de la noche á la mañana se halla con un principal que le dejaron ó sus padres ó su marido, y ella no lo sabe girar ni conservar,

porque no sabe hacer cuentas? Es clara la respuesta: busca quién se las haga, casándose ó acomodando un dependiente, y si éste ó el marido salen calaveras, lo que no es raro, en dos por tres dan las cuentas del gran capitán, y se queda la mujer contando que tuvo coche en tiempo del difunto. Conque así, hijita, procura instruirte ahora que eres niña, para que te hagas útil á tí y á otros cuando tengas mayor edad. Ahora es el tiempo de aprender y es menester aprovecharlo, porque el que de muchacho es flojo y tonto, llegando á viejo asciende á majadero.

Ya se deja entender que esta prolijidad no es ociosa en ningún padre de familia, cuando trata de que aprovechen sus hijos. El coronel, cuando enseñaba á Pudenciana, procuraba hacerle ver la utilidad que le resultaba de aprender, y al mismo tiempo le quitaba el tono de lección, tan fastidioso á todo niño, con lo que lograba que aprendiera sin violencia, como aprendió en efecto en poco tiempo á leer, escribir y contar con alguna perfección, y sin que á él le costara mucho trabajo enseñarla.

Siendo el coronel tan eficaz para instruir á su hija en aquellos principios que son útiles para su felicidad temporal, es creíble que no lo sería menos para enseñarle aquellos que son absolutamente necesarios para conseguir la eterna.

Ya se dijo que desde bien pequeña procuró hacerle

formar la más digna idea de su Criador, conformándose con su capacidad, de cuyo empeño no desistió hasta que la consideró bien instruída.

Él se valía de cuantos objetos presenta la Naturaleza, aun los más triviales, para elevar su consideración al Hacedor Supremo. Ya le hacía contemplar la hermosura del campo en un alegre día de primavera, ya la brillantez del cielo salpicado de luces en una serena noche, ya el espantoso aparato de una terrible tempestad, ya la atracción maravillosa del imán, ya la fragancia de la rosa... En una palabra, el campo, el cielo, la serenidad, la turbulencia, el hombre, el bruto, la planta, la piedra, las flores, las aves, los peces, y hasta los imperceptibles insectos daban materia para instruírla en el conocimiento de Dios, haciéndole ver cómo resplandece en sus criaturas su omnipotencia, su sabiduría, su justicia, su misericordia y todos sus adorables atributos.

Después de hacerle ver nuestra miseria, y que nada somos delante del Señor del universo, le hacía reconocer que, sin embargo de esta pequeñez, somos sus criaturas predilectas, por quienes crió todos los seres que nos admiran y sirven en la naturaleza; por quienes se hizo hombre y sufrió los ultrajes de los hombres; por quienes murió para abrirnos las puertas del Paraíso, y por quienes hizo el milagro mayor de los milagros, instituyendo el augusto sacramento de la Eucaristía; en el

que se quedó con nosotros hasta el último día de los siglos.

Tales eran las sencillas pero utilísimas lecciones que daba á su hija este buen padre, que procuraba tenerla entre el respeto, el amor y el agradecimiento á su Criador. ¡Felices los padres que tienen las luces y disposición necesarias para instruir á sus hijos, y más felices los hijos que saben corresponder á las sanas intenciones de semejantes padres!

A la edad de poco más de siete años, ya sabía Pudenciana de memoria el catecismo y entendía muy regularmente los principales misterios de nuestra sagrada religión, todo á fuerza del continuo tesón con que su padre la enseñaba; pues no pasó mucho tiempo en la amiga, á pesar de la no común disposición de la maestra; pero apenas aprendió los primeros rudimentos de leer y el catecismo, cuando la sacó de ella y se tomó él mismo el cargo de enseñarla, como se ha visto.

Estaba mal el coronel con esas escuelas públicas donde se juntan niños y niñas de diferentes edades y educaciones. Sabía con Quintiliano, que la emulación que procede del ejemplo de los condiscípulos estimula para aprender más breve; pero no ignoraba que no siempre lo más pronto es lo más seguro. Comprendía muy bien la fuerza con que nuestra naturaleza, corrompida por el fomes del pecado, nos inclina al mal; que

esta pervertida inclinación se deja percibir en muchos niños bien temprano; que es muy difícil falten algunos de éstos donde hay tantos, y casi imposible que una sola maestra sea un Argos para observar con cien ojos las acciones de todos y cada uno de los muchachos que se confían á su cuidado; y de todo esto concluía, que es muy fácil que se corrompa en una casa de estas una criatura, especialmente niña, con el mal ejemplo de los malos.

Un día, hablando de esto con su esposa, le dijo: —No te admire que haya dejado á Pudenciana en la amiga tan poco tiempo. En verdad que me ha parecido demasiado, y sólo por contemporizar en algo con tu gusto lo permití. Te aseguro que con sólo franquearle la compañía de muchos niños de diversas edades, naturales y principios por largo tiempo, tendría lo bastante para perder el candor y la inocencia que le procuramos conservar; porque es muy difícil, por no decir imposible, que una criatura sin experiencia, y que aún no sabe hacer buen uso de su razón, se contenga dentro de los límites de lo justo con tal heroicidad, que mirando buenos y malos ejemplos alrededor de sí, adopte los primeros, separándose de los segundos.

Toda casa de comunidad trae sus ventajas y sus desventajas morales á los que las habitan ó las cursan. Ello es una verdad innegable que el que se acompaña

con un justo será justo y el que se junta con un perverso se pervierte. Es también verdad evidente que en dichas casas hay de todo, buenos y malos: pues aquí del temor y la dificultad. ¿Con quién será más fácil que se adune el niño ó niña inexperto, con los buenos ó con los malos? El que se acuerde de la corrupción de nuestra naturaleza y advierta que los buenos reprenden y mortifican nuestras pasiones y deseos desordenados, y los malos las adulan, las fomentan y aun las pretenden justificar con sus ejemplos y palabras, ése que responda á mi pregunta.

Si yo declamara contra la utilidad, y se puede decir necesidad, á lo menos *parcial*, de estas públicas fundaciones; si levantara el grito contra la sana intención de sus piadosos fundadores ó inventores; si con una crítica mordaz murmurara sus más arreglados institutos, seguramente se me podía tener por un hereje político; pero si ni declamo contra su utilidad, ni hablo contra sus patronos, ni murmuro sus constituciones, sino que solamente aseguro que es muy fácil que se corrompa en ellas la inocencia con la ocasión tan próxima de la compañía de los malos, creo que nada digo que no sea una verdad indisputable. Puedo asegurarte con dolor que más de cuatro maldades ignorara yo hasta el día, si no hubiera estado en escuelas ni colegios. ¡Felices aquellos niños que conservan su pureza intacta en medio

de los malos ejemplos de los compañeros! Semejantes almas son prodigiosas en este siglo miserable. El rocío que se cuajó solamente en la piel de Gedeón, la zarza que vió Moisés arder sin consumirse, los niños que salieron ilesos de las voraces llamas del horno de Babilonia, y la seguridad con que los israelitas pasaron por en medio del mar, son extremos de comparación; pero son unos acaecimientos milagrosos que no se deben esperar todos los días.

Lo que vemos á cada instante es que una chispa forma una hoguera, un miasma corrompido derrama una peste mortífera y una gota de vinagre corta un gran vaso de leche; y de aquí debemos inferir que un solo muchacho ó joven perverso es bastante á malear ó corromper con su ejemplo á muchos niños inocentes y candorosos.

En una palabra, y para que tu entendimiento se tranquilice, digo: que el padre ó madre que no sabe ó no puede instruir á sus hijos por sí en su casa, hará bien, y aun debe confiarlos al cuidado de los maestros públicos; pero el que no necesite de ellos y tenga proporción, hará mejor en tomarse ese trabajo, pues llegarán al mismo fin sin pasar tantos peligros.

Matildita, continuaba el coronel, si yo pudiera descubrirte las cosas que se ven frecuentemente en las casas de comunidad de que te hablo, se escandalizara

tu pudor. No quiero, no, lastimar tu conyugal pureza. Bástame el saberlas y el procurar que mi hija no se exponga á estos tan inminentes riesgos, para creer que tú habrás accedido gustosa en que la quite de la amiga, por más que ésta sea de las mejores.

A este punto llegaba en su conversación don Rodrigo, cuando entró el lacayo de don Dionisio diciendo que su amo lo esperaba á comer con su familia. Era día de *frasca*, de los muchos que cada mes ocurrían en su casa.

El coronel, que entendía muy bien las leyes de la política, que es el arte de saber vivir, inmediatamente se levantó y fuimos todos á la mesa, donde pasó lo que se sabrá en el capítulo siguiente.

